

MARIO SATZ

EL ROSTRO
Y SUS MÁSCARAS

VARIACIONES
Y CONSTANCIAS

BARCELONA 2024



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2024 by Mario Satz Tetelbaum
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-19958-04-4
DEPÓSITO LEGAL: B. IO 244-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

LA IDENTIDAD FACIAL	9
En el origen	9
En Egipto	11
De una cara a otra	14
Los cuatro elementos	21
Al-Ándalus	28
Los relieves del tiempo	33
Los ojos	39
De perfil	44
DE LO NATURAL A	
LO SOBRENATURAL	49
En Japón	49
Los párpados	55
El transformismo	60
Tipos de boca	65
En el Nuevo Mundo	69
Ecos precolombinos	75
El dragón y el elefante	81
Lo sobrenatural	86
Actores de teatro	93

Las cejas	99
De la pupila al iris	107
Las pestañas	111
LOS RASGOS Y LOS RICTUS	119
Puro e impuro	119
La nariz	123
En Venecia	127
EXORCISMOS Y DANZAS	133
Estático y extático	133
Rostro y moneda	140
En África	150
Fisiognomía y crimen	160
Arcimboldo	166
Más allá del Tíbet	169
La lengua	173
La estética facial	178
La máscara mortuoria	181
Trasplante y máscara	188
<i>Bibliografía</i>	195

Todo lo que es profundo ama la máscara.

FRIEDRICH NIETZSCHE

LA IDENTIDAD FACIAL

EN EL ORIGEN

Hace aproximadamente cinco mil millones de años el sistema solar era una nube de polvo y gas, una más en un universo infinito. Cuando esa materia, por la fuerza de la gravedad, colapsó sobre sí misma, comenzó a danzar, danzar y concentrarse hasta que se formó el sol. Nací, pero no me conozco, dijo el astro, ardo, pero no sé quién soy, insistió, lanzaré algunas de mis partes al espacio. Desprenderé fragmentos para que, desde sus órbitas, desde el límite de sus viajes, me hagan compañía y dibujemos juntos nuestra identidad. Yo seré su rostro y ellos mis máscaras, yo seré su luz y ellos mis reflejos. Haré la Tierra y tendrá bosques por cabellos, valles por boca, montañas por cejas, manantiales por ojos, cascadas por risas, desiertos ondulados y mares profundos. Será plural y única, se vestirá y desnudará por eras, morirá en su superficie y renacerá desde su centro. Mi fuego can-

tará en sus volcanes, mi luz conferirá bienestar a todos sus seres. Marcaré sus mañanas, llenaré su noche de estrellas. No podrán mirarme de frente, mi energía excede sus límites. Hasta que un día, mi deseo y su azar, mi voluntad y su fortuna, mi música y su silencio, de pie en medio de su soledad, abrazado por el cielo, el ser humano encuentre las huellas de la danza originaria y millones de años sean salvados para él por nuestro parentesco, y extraigan alegría de nuestro común linaje, y parte de mi secreto se revele en la Tierra. Una y otra vez se preguntarán de dónde proceden y a dónde van, y yo diré, queda, muy suavemente, en ondas y partículas, que de la danza. Principio y fin de la creación entera. La danza.

El día en que nos damos cuenta de que nuestras sucesivas edades, sus arrugas de tiempo, los lunares de sus horas, los rictus de sus afectos, merecen la fijación en ese humo de electrones que es la memoria, a media docena de rostros los consideramos ciertamente nuestros y los demás pasan a formar parte de ese otro que lleva nuestra identidad. Se convierten en sus máscaras, y allá él, sin rostro definible entonces, si no escucha latir en sus poros las estrellas, pues será es-

clavo de definiciones ajenas, silencioso sirviente de sus muchos espejos.

Sí, el rostro es una máscara debajo de la cual, mucho antes de llegar a la calavera, cuya muerta y ósea superficie nos asemeja unos a otros más de lo que quisiéramos, están—superpuestos—los auténticos tejidos de la sucesión, las mallas de la tristeza o de la risa, los esforzados músculos de la expresión. El rostro es una máscara y las máscaras extensiones de un rostro. Desde el momento mismo en que la cara *se alzó* separándose del suelo y las constelaciones se nos manifestaron más rápidas que los aromas para la interrogación de nuestros orígenes, decidimos que nuestra cuna era la altura. El rostro es un cielo que tiene nostalgia de su firmamento. El cielo, una máscara que se pregunta si su rostro es algo más que luz.

EN EGIPTO

Provisto de la negra máscara del chacal, el *parachistes*—o manipulador de la piedra etíope destinada al embalsamamiento de los muertos egipcios vaciando los cadáveres—era maldeci-

do por los deudos del difunto en previsión de los daños que iba a causar. Vituperado por lo que pudiera hacerle al cuerpo exánime. De hecho, todos—sacerdotes, médicos, operarios—llevaban, en la Casa de la Muerte, máscaras para no ser identificados. Aunque ese maldecir y gritar era meramente simbólico, Diodoro Sículo, el historiador siciliano, sostiene que el *parachistes* se cuidaba muy bien de que no se supiera cuál era su oficio, al igual que los encapuchados verdugos que manipulaban la guillotina en la Revolución francesa superponían al horror de la muerte un ocultamiento.

Si en latín *persona* significa ‘máscara’, ¿cuántas máscaras adoptamos a lo largo de una vida? ¿Qué personalidad enmascara a qué personalidad? La antigua costumbre griega de embadurnarse el rostro con las heces del vino, o con bermellón, y más tarde ocultarlo con hojas de higuera, mucho antes de pertenecer a los cultos dionisiacos o báquicos, *aludía a las criaturas que acababan de nacer*, quienes estaban por ello cerca del origen, de la madre, del glorioso y sangriento parto. Mucho más tarde, el *ligno cavato* con que el actor cubría, en la fiesta o el teatro, con facciones de corteza, su rostro respondía a la idea

de que los árboles caminan sobre los muertos y se alimentan de ellos, así como los vivos se nutren, en sueños y mitos, de las proezas familiares o de los héroes extintos.

«Algunos quieren—escribe Covarrubias en el siglo xvii—que se aya dicho máscara de “más” y de “cara”, como si dijéramos otra cara, pero engañanse». Ninguna interpretación etimológica llegará jamás a la raíz de nuestros disimulos, a esa ambición de fijeza expresiva para una superficie que es un constante reflejo de contradicciones.

El primer esbozo de rostro humano aparece a las cuatro semanas y consiste en una boca primitiva llamada *estomodeo*. Se trata de una depresión ectodérmica limitada por los esforzados procesos de definición frontonasal y mandibulares. Seguidamente se desarrollan las *placodas olfatorias* y luego las *placodas cristalinas*. Finalmente, minúsculas, se distinguen las *fositas auditivas*. Así es como adquirimos primero boca, luego nariz, después ojos y, por último, oídos. Atravesamos la presocrática cosmología de los cuatro elementos—del agua del gusto al aire del oído—, desplazándonos de lo más obvio a lo no menos visible. La palabra proferida

poco después del nacimiento por nuestra madre articula el imán verbal que lleva sobre sí todas nuestras posibles atracciones y rechazos. Primero el sabor, luego el olor, después el calor y finalmente el timbre de una voz nos configurarían a la *mater* que conocíamos por dentro mejor de lo que nunca llegaremos a conocerla por fuera.

DE UNA CARA A OTRA

Nadie ha visto nunca directamente su propia cara y, por eso, desde que existen los espejos, éstos han simbolizado la capacidad escrutadora del espíritu, el reconocimiento de la propia identidad, la serenidad absoluta o la sabiduría suprema. No en vano se dice *especular* a partir del latín *speculum*, o sea pensar, escrutar, analizar quién es uno y cómo evoluciona a partir de la reflexión, que es lo que realiza desde su peculiar óptica el espejo. A su vez, el rostro humano mismo es un espejo para otro rostro. Como dijo Antonio Machado:

El ojo que ves
no es ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

Mirándonos unos a otros sabemos, a simple vista, más de lo que pueden expresar nuestras palabras. Hervé d'Olivet, un fisiognomista del siglo XVIII, anotó:

Nuestro rostro envejece más rápidamente que nuestra nuca, pero al mismo tiempo revela todo lo que el tiempo y la madurez le han hecho comprender. La emoción de vivir aún, el dolor de haber perdido algo amado, la alegría de respirar. El temor de no ser querido. Nuestro rostro es nuestra historia en líneas, arrugas y rictus.

El llamado Siglo de las Luces agregaría a la tradicional división aristotélica de los cuatro temperamentos y sus morfologías faciales las de las diferentes razas y culturas, reparando por vez primera en cuán diferentes pueden ser las consideraciones culturales sobre una nariz o una boca.

Los místicos de casi todas las tradiciones sostienen que el rostro humano sólo es visto en su totalidad expresiva por Dios, por el Creador, e

incluso existe un *kōan* japonés, muy enigmático, por cierto, que se pregunta qué rostro teníamos antes de nacer, como si fuera posible imaginar uno diferente a la sucesión de los que ya hemos, a lo largo de nuestra vida, tenido. En la respuesta a esa pregunta se supone que el discípulo budista comprenderá, tarde o temprano, que *el rostro aludido es el del universo entero*. Algo por completo transpersonal y anónimo, mientras que el rostro que posee cada uno de nosotros, personal y único, exclusivo, intransferible e identificable, constituirá en sí mismo la marca de agua de la persona. Aquello que lo diferenciará de los demás. Al mismo tiempo, cuando se recuerda que *persona* significaba, en su origen, en el lenguaje del teatro, la máscara del actor, inmediatamente se comprende que nuestra cara es eso, una forma expresiva, un relieve debajo del cual es posible *desenmascarar* a su poseedor. Occidente, poco afecto a las máscaras, si se exceptúan las de Carnaval, ha optado por el realismo fotográfico y, en los últimos decenios, por el *lifting* facial, ansioso quizá, como un Dorian Grey inquieto, por tener siempre la misma apariencia. La vejez no acaba de gustarnos, y nuestros cánones de belleza siguen siendo, *grosso modo*, todavía grecolatinos.

Recogiendo una tradición anterior a él, el filósofo Aristóteles sostuvo que la familia humana se dividía en cuatro grupos temperamentales: los sanguíneos, los coléricos, los flemáticos y los melancólicos, los cuales, a su vez, presentaban en la cabeza y la cara una particular tendencia geométrica. Así, por ejemplo, los sanguíneos tienden más al cuadrado, los rubicundos coléricos al círculo y los flemáticos y melancólicos al triángulo. Ya los presocráticos habían insinuado que el carácter de la gente se medía por la proporción de agua, fuego o aire que su morfología física fuera capaz de revelar. Por otra parte, y a su modo, también los chinos desarrollaron su propia fisiognómica o arte de interpretar las caras de la gente, y llegaron a la conclusión de que nuestra faz no solamente se corresponde con determinadas figuras geométricas, sino que también hay rostros con aspecto de montaña, de árbol, de jade, de hierro o de luna. Los cuales, obviamente, no escaparían al grupo elemental en el que, por su lugar de formación, se hallan inscritos. Por ejemplo, una cara-jade, oval, más larga que ancha, nos hablaría de una personalidad soñadora, pero al mismo tiempo de una rara, fría y exquisita belleza mineral. Aquel o aquella cuyo

rostro aludiera a una montaña sería, como ésta, inamovible en sus juicios o creencias, conservador, pero también persistente y acogedor. En el *Siang Mien*, el tratado chino más antiguo sobre los secretos de la cara humana, por haber hasta hay rostros de muro, de rama torcida y de pájaro.

En la cara de muro—más ancha que alta y cuyo perfil, al tener la nariz pequeña, posee pocos relieves distintivos—los chinos ven un carácter intransigente, digno del mejor guardaespaldas, por ejemplo, la máscara viva de alguien constante, leal, fuerte, pero, en definitiva, obediente y casi sin iniciativa propia. El rostro de rama torcida, por su lado, nos estaría hablando, nariz mediante, de una persona imprevisible, malhumorada, tragicómica y hasta hipocondríaca. Sin embargo, todas estas generalizaciones, importantes para el médico y para el psicólogo, sólo constituyen datos periféricos que tener en cuenta cuando se quiere estudiar a un ser humano, quien siempre acabará por sorprendernos por su facilidad para el cambio y el disimulo. Una buena cara de pájaro, como las de los intelectuales Cocteau o Rilke, por ejemplo, es síntoma de que su dueña o dueño padece manía poética, es evasivo y rápido, de huesos finos y, en

muchos casos, frágiles. Aquí, como en la astrología, las estadísticas mandan, y tanto los temperamentos como su aludida geometría funcionan a nivel arquetípico, por lo que es preciso evitar juzgar a una persona por la mera apariencia de su cara. Si sabemos todas estas cosas es porque a lo largo de siglos de observación *determinadas constantes morfológicas nos permiten inferir conductas y vocaciones*. Decía Paul Valéry, el extraordinario poeta y ensayista francés, respecto del ser humano: «El hombre sólo es hombre por la piel. Desuéllalo, disécalo y encontrarás la máquina», queriendo indicar con ello que es precisamente nuestra preciosa y dúctil envoltura, que se abre y se cierra de manera singular por el rostro, lo único que nos separa del mero reino de la fisicoquímica.

En hebreo bíblico y, por extensión, también en el moderno, *panim*, ‘rostro’, es una palabra plural, lo bastante ancha y móvil como para incluir todas las expresiones, mutaciones, desplantes y énfasis que una cara humana puede asumir durante todos los días de su vida. Como herencia de ello, la tradición judía, en concreto la jasídica, sostiene que los seres humanos nacemos con alguna de las características del Tetramor-

fos—esa misteriosa figura con cabezas de águila, león, buey o ángel que aparece en el libro de Ezequiel—, y que somos poseedores de unos rasgos simbólicos más marcados que otros. Siendo, como es, el águila una criatura del aire, y el buey de tierra, nos hallamos otra vez ante ese monstruo del saber que fue el griego Aristóteles. Para una medicina como la que despliega el Ayurveda, con su teoría de los vientos, los organismos humanos se clasifican por determinadas tendencias que, a su vez, proclaman sus compatibilidades e incompatibilidades alimenticias. Existen, para este saber oriental, tres tipos constitucionales microcósmicos básicos, que se corresponden con tres tipos macrocósmicos básicos de clima: árido o *vata*, tórrido o *pitta* y húmedo o *kapha*. Se trata de un sistema de filtros clasificatorios que, bien empleados en el diagnóstico, permiten orientar al médico respecto de cómo, una determinada persona, hace buen o mal uso de su energía y cómo se adapta, en consecuencia, su materia a tal comportamiento. Aunque distinto del occidental, este sistema de pensamiento no se aleja demasiado del fuego, el aire o el agua.